



Literatura: teoría, historia, crítica

ISSN: 0123-5931

revliter_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Vásquez Mejías, Ainhoa

Feminicidios en la frontera chilena: el caso de Alto Hospicio

Literatura: teoría, historia, crítica, vol. 18, núm. 1, 2016, pp. 53-74

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=503753960003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Feminicidios en la frontera chilena: el caso de *Alto Hospicio*

Ainhoa Vásquez Mejías

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile

aovasque@uc.cl

Entre 1999 y el 2001, varias adolescentes desaparecieron en el norte de Chile y, posteriormente, fueron encontradas muertas. La novela *Alto Hospicio* (2008), de Rodrigo Ramos Bañados, recrea estos feminicidios desde la visión del cómplice del único inculpado por estos crímenes. En el presente artículo se plantea que el escritor utiliza la noción de *frontera* como aparato crítico, con el fin de desestabilizar barreras espaciales, simbólicas y textuales que se agrupan en cuatro ejes: Bolivia-Chile, santas-putas, racionalidad-locura, ficción-realidad. Así, la novela cuestiona y deconstruye los límites para hablarnos de estos feminicidios desde un punto indeterminado, que funciona como espejo de la incertidumbre e irresolución de este caso en la justicia chilena.

Palabras clave: feminicidio; frontera; realidad; ficción; prostitución.

Cómo citar este texto (MLA): Vásquez Mejías, Ainhoa. "Feminicidios en la frontera chilena: el caso de *Alto Hospicio*". *Literatura: teoría, historia, crítica* 18.1 (2016): 53-74.

Artículo de reflexión. Recibido: 12/03/15; aceptado: 15/05/15.



Femicides in the Chilean Border: the Case of *Alto Hospicio*

Between 1999 and 2001, several adolescents disappeared in the northern part of Chile and, later on, they were found dead. The novel *Alto Hospicio* (2008) by Rodrigo Ramos Bañados recreates these femicides from the viewpoint of the accomplice of the only person indicted for these crimes. This article argues that the writer uses the notion of border as a critical apparatus, to destabilize spatial, symbolic and textual barriers usually grouped in four axes: Bolivia-Chile, saints-whores, rationality-madness, fiction-reality. Thus, the novel questions and deconstructs limits to refer to these femicides from an undetermined position that works as mirror of the uncertainty and irresolution of this case in Chilean justice.

Keywords: femicide; border; reality; fiction, prostitution.

Feminicídios na fronteira chilena: o caso de *Alto Hospicio*

Entre os anos 1999 e 2001, várias adolescentes sumiram no norte do Chile e, após, foram encontradas mortas. O romance *Alto Hospicio* (2008), de Rodrigo Ramos Bañados, recria esses feminicídios sob a visão do cúmplice do único inculpaado pelos crimes. No presente artigo, propõe-se que o escritor utiliza a noção de fronteira como aparelho crítico, com a finalidade de desestabilizar barreiras espaciais, simbólicas e textuais que são agrupadas em quatro eixos: Bolívia-Chile, santas-putas, racionalidade-loucura, ficção-realidade. Assim, o romance questiona e desconstrói os limites para falar desses feminicídios de um ponto indeterminado que funciona como espelho da incerteza e irresolução desse caso na justiça chilena.

Palavras-chave: feminicídio; fronteira; realidade; ficção; prostituição.

Introducción

RODRIGO RAMOS BAÑADOS ES UN escritor y periodista antofagastino que desde hace algunos años se ha posicionado en las letras chilenas como un autor atrevido, arriesgado y creativo. Su primera novela, *Alto Hospicio*, fue publicada en el año 2008 por la editorial Quimantú. El texto ya había salido a la luz pública dos años antes en formato de blog, a modo de novela por entregas, especie de diario de vida, confesión de un supuesto testigo que mantuvo en la incertidumbre a los lectores, que dudaron de si lo que estaban leyendo era verdad o ficción. Luego vinieron *Pop* (2010) y *Namazú* (2013), novelas que describen y representan las abyecciones humanas, el narcotráfico y la vida en el desierto de Atacama, el más árido del mundo.

Piedra angular de la escritura del norte, como lo define el también escritor Daniel Rojas Pachas, Ramos Bañados se sitúa en un territorio limítrofe para relatar, justamente, la frontera.¹ Alto Hospicio es una ciudad que se ubica, en efecto, en la frontera de Chile con Bolivia. Pero más allá de los límites geográficos, en la novela *Alto Hospicio* hay múltiples fronteras que sirven como metáfora para reconstruir la historia de los feminicidios que ahí ocurrieron entre los años 1999 y 2001, fronteras difusas que podrían dividir tajantemente dos realidades opuestas, pero que se cruzan sin pasaporte y derriban un límite que se difumina, entremezcla y enreda, como la vida misma.

Chile-Bolivia, Alto Hospicio-Iquique, santas-putas, racionalidad-locura, ficción-realidad son algunos ejes que devienen en fronteras espaciales, simbólicas y textuales. A esta demarcación física, que divide dos naciones, se suma la descripción de las mujeres asesinadas, que pasan de ser calificadas de prostitutas a ser erigidas en santas. Esto mismo le sucede al condenado por los feminicidios, el personaje Julio Ceballos, un criminal que el narrador describe en la novela como inteligente, pero que termina catalogado como enfermo mental. En consonancia, el lenguaje que Ramos Bañados escogió para narrar esta macabra parte de la historia de Chile cumple esta misma función: frontera en la que todo se desborda. El lector ignora si se trata del testimonio de alguien cercano a los hechos o de una ficción de los asesinatos cometidos en ese lugar. De esta forma, la novela desestabiliza y rompe las

1 Uno de los blogs que mantiene hasta hoy Rodrigo Ramos Bañados lleva por nombre *En la frontera*. Véase <<http://escritoresprovincianos.blogspot.mx/>>.

fronteras simbólicas, para hablarnos de estos feminicidios desde un punto indeterminado.

La noción de *frontera* se ha constituido en objeto de los estudios culturales, puesto que se ha pensado más allá de su carácter geográfico, para instituirse en dispositivo pedagógico y para hablar de transgresiones sociales y políticas (Belausteguigoitia citado en Szurmuk y McKee 106). Las fronteras hacen visibles los intersticios de los poderes hegemónicos: nada es realmente inmutable si puede ser develado. A lo largo de este texto intentaremos, por tanto, analizar qué fronteras pueden ser derribadas y cuáles tan solo denunciadas. Con ello, nos sumamos a la lectura del escritor Daniel Rojas Pachas en su reseña “Quimantú y la publicación de la primera novela de Rodrigo Ramos Bañados”, quien también cree que los límites de lo fronterizo son la obsesión del autor. Este análisis, en el que Rojas Pachas hace énfasis en lo textual, se ampliará aquí a lo local y alegórico del relato, esto es, a la conversión literaria que Ramos Bañados hace de un acontecimiento histórico, tomando como centro el traspaso fronterizo real, simbólico y textual.

Alto Hospicio: frontera norte y sótano de Iquique

Alto Hospicio está en la frontera norte de Chile, a un lado de Bolivia. Según lo relata Juan Vásquez Trigo, en su libro *Breve historia de Alto Hospicio*, la región tuvo su auge en el siglo XVII, producto de la explotación de los yacimientos de plata de Huantajaya que había tenido inicio en el período séptimo inca, con el fin de que la plata se trasladara a Cusco. Con el tiempo, las minas fueron sobreexplotadas, lo que provocó que este centro fuera abandonado. Su repoblación ocurrió apenas en la década de los ochenta, gracias al apogeo que vivió la cercana localidad de Iquique. Ante la escasez de viviendas en la ciudad y sus elevados precios, cientos de personas ocuparon los terrenos aledaños: construyeron precarias casas con la esperanza de encontrar buenos empleos y, con el tiempo, poder ubicarse en mejores lugares.

Tal como indica el periodista Jimmy Constenlla, Iquique

no dio abasto para la gran cantidad de inmigrantes que no tenían los medios económicos para costear los elevados arriendos. Fue así como rápidamente las familias fueron instalándose en el amplio desierto que está a las afuera

de la ciudad, en la pampa, en la zona denominada Alto Hospicio. Las tomas ilegales se fueron multiplicando y multiplicando, pero fue el cuasi vitalicio alcalde de la ciudad, Jorge Soria, quien dio el impulso definitivo a la zona al crear, a mediados de los noventa, la llamada autoconstrucción. La idea era otorgar viviendas propias y sin deuda a familias a través de la modalidad de construir ellos mismos con apoyo técnico del municipio local. La iniciativa prendió y entusiasmó a muchos que incluso estaban viviendo precariamente en la ciudad histórica. (s. p.)

En este contexto, en el año 1999, comenzaron a desaparecer mujeres de Alto Hospicio. Muchas de ellas eran apenas unas niñas, otras, un poco más grandes, eran madres solteras que trabajaban con la esperanza de dar a sus hijos una mejor vida. Las víctimas fueron convertidas en culpables, puesto que las autoridades aseguraron a los familiares y al país entero que las jóvenes habían huido de sus casas y de la pobreza, para ejercer la prostitución en otros países. Según testimonios de la época, la localidad entera creyó esta versión de la policía, hasta el punto de atacar directamente a las familias que perdieron a sus hijas. Gladys Castro, abuela de Viviana Garay, una de las víctimas, contó: “Habíamos avisado que íbamos a ir a hablar con los padres y los profesores del colegio, y nos hicieron una contra manifestación; había unos carteles que decían: ‘Padres, digan qué clase de hijas tienen, padres, sus hijas no son lo que ustedes piensan’” (citado en Silva et al. 110). Asimismo, en los sumarios administrativos quedó constancia de que las niñas provenían de familias con problemas de drogadicción, incesto y violencia intrafamiliar, razones por las que habían preferido escapar de sus hogares en busca de dinero fácil. Se pretendía con estas afirmaciones que sus familiares no indagarán y que aceptaran sin objetar la hipótesis de que las adolescentes habían vendido su cuerpo a extraños para salir de sus comunidades.

Estas mentiras discriminatorias quedaron al descubierto cuando Bárbara N., una niña de trece años, escapó con vida de la fosa en la que el victimario la había arrojado. Entonces, se encontraron varios de los cuerpos de las jóvenes desaparecidas y se arrestó al supuesto agresor, llamado Julio Pérez Silva. A pesar de esta detención, nunca se investigó si este hombre era un psicópata solitario o si había detrás de él una red de asesinos. Muchos, hasta el día de hoy, creen en la inocencia de Pérez (entre ellos más de un periodista) y

aseguran que se trata de un chivo expiatorio para proteger a los verdaderos culpables, hombres poderosos del norte de Chile. De cualquier manera, este ha sido, probablemente, el caso más importante de feminicidios en masa en nuestro país, no solo por la cantidad de niñas muertas, sino porque fueron utilizadas sexualmente y luego asesinadas, con gran carga de violencia.

Esta es la historia que relata la novela de Rodrigo Ramos Bañados. Se sitúa en este espacio físico, en la frontera norte, para narrar los crímenes de jóvenes mujeres cometidos por Julio Ceballos, *alter ego* de Julio Pérez Silva. Alto Hospicio se define como el patio trasero, la bodega o el sótano de Iquique. Es un lugar azotado por la pobreza, la delincuencia y la marginalidad, donde la ley parece permanecer ajena. Tal como indica el narrador: “Alrededor de quince mil personas vivían sin ningún tipo de resguardo policial [...]. En la toma eran habituales las violaciones, las riñas entre pandillas de adolescentes y el microtráfico de pasta base y paraguayos” (32).

Alto Hospicio es, entonces, la frontera que funciona simbólicamente como un límite entre unos y otros, entre el bienestar y la miseria, entre lo positivo y lo negativo propagado a distintos ámbitos. Iquique, una de las ciudades más prósperas de Chile, capital de la región de Tarapacá, conocida como la tierra de campeones, gracias a su alta densidad poblacional y a los derechos comerciales que tiene por ser el puerto libre de impuestos más grande de América del Sur, contrasta con la pobreza de Alto Hospicio, construida mediante tomas de terreno y con precarias casas de madera, sin sistema de alcantarillado, sin agua potable, al lado del árido desierto y sin policías que resguarden la seguridad pública o intervengan para capturar a los delincuentes. Asimismo, la gente de Alto Hospicio es muy distinta de los inmigrantes extranjeros, principalmente bolivianos y paraguayos, a quienes culpan de la delincuencia y el tráfico de drogas. Tal como se señala en la novela, en el decir de la madre de una de las víctimas: “La mujer habló pestes de Quispe. Soto anotaba que Quispe atraía a personajes extraños a La Negra, como bolivianos o paraguayos” (30).

De esta forma, Alto Hospicio se transforma en frontera en dos sentidos: frontera con Iquique, ciudad frente a la que se asume como pariente pobre, según indica Ceballos: “Alto Hospicio era un pueblo perdido en el desierto, un lugar hecho por el gobierno para arrinconar a los pobres, a los marginales; un perfecto sótano de Iquique” (Ramos Bañados, *Alto Hospicio* 69); y frontera con Bolivia, país al que se culpa de llevar la droga y la delincuencia a la

comunidad. Esta división tiene además una connotación dual: la separación entre civilizados y bárbaros, amigos y enemigos. Este es un imaginario que se vale de la segregación y se funda en el miedo a la alteridad, como si la violencia siempre viniera del otro lado.

Mujeres al límite: las santas putas

Como la localidad de Alto Hospicio se definía a partir de la marginalidad, la pobreza y la delincuencia, no resultó extraño para el Gobierno pensar que estas adolescentes se hubieran ido por cuenta propia a otros lugares a ejercer la prostitución. Para enfrentar la escasez, el cuerpo como moneda de cambio podría generar mayores ganancias. Entonces, incluso sin investigar, los policías y las autoridades determinaron de antemano que estas jóvenes bonitas habían elegido “el camino fácil” y se habían escapado con camioneros bolivianos, para prostituirse por mil quinientos pesos chilenos:

Porque son pobres sus hijas no pueden ser otra cosa que ¡putas! Por ser pobres, no tienen ninguna salida. Por ser pobres, son enjuiciados de antemano. Ellos recibieron la sanción pública y publicitada a todo el país de haber cometido el delito de ser traficantes de la carne de sus hijas. Los padres de las niñas serían proxenetas —en este caso— solo por el delito de ser pobres. (Silva et al. 133)²

Como señala Jimena Silva en su artículo “Complicidades y violencias estructurales”, el vínculo entre clase y género se vuelve indisoluble, puesto que son los hombres de clase dominante quienes definen los patrones deseables de comportamiento de la sexualidad femenina: lo que es deseable y lo considerado abyecto (13). Se cuestiona la moralidad de las clases bajas y se pone a las mujeres de dinero del lado de la sexualidad controlada, permitida y ligada al hogar, mientras que a las otras se las pone del lado de una supuesta promiscuidad.³ De esta forma, son ellas las culpables de

-
- 2 Celina Tuozzo señala que esta asociación entre prostitución y pobreza tiene sus antecedentes en los escritos del doctor Lucas Sierra, quien, a mediados del siglo xx, aseguraba que la pobreza era la causa de que obreras y empleadas comercializaran su cuerpo. *Mujer popular* era igual a sexualidad culpable (148).
 - 3 La imagen de la mujer de ángel del hogar del siglo xix se contrapone a una sexualidad resuelta. Las mujeres de clases inferiores “son percibidas como naturaleza primitiva capaz de destruir la civilización, [...] el oprimido adquiere perfiles bestiales y demoniacos” (Puleo 168).

exponer su vida, al transgredir las reglas masculinas que circunscriben a la mujer y su sexualidad al ámbito doméstico. Las desapariciones se explican, entonces, “porque le suceden a un *tipo de mujeres*, de ciertos estratos socioeconómicos y en circunstancias muy precisas: *eran sueltas* y propiciaban esa violencia” (Silva 17).

Rodrigo Ramos Bañados reproduce en su novela esta asociación entre las mujeres pobres y una sexualidad pecaminosa. Por una parte, cuestiona el hecho de que las autoridades policiales hayan considerado que todas las adolescentes habían escapado para prostituirse, mientras por otra, sus personajes, víctimas del psicópata, son efectivamente trabajadoras del burdel El Renacer o niñas sin familia, que se afanaban en drogarse, alcoholizarse y salir de fiesta hasta la madrugada. A pesar de que la historia se desarrolla años después de atrapado el feminicida, el narrador aún condena la sexualidad femenina que busca liberarse de las amarras impuestas por la sociedad patriarcal. Así, separa a las buenas mujeres, que permanecen en su hogar, de aquellas que se exponen al salir de noche y a las que terminan asesinando.

En la novela, entre las víctimas que se indica que eran prostitutas está Mary del Rosario Lovera López, de 17 años, madre soltera, trabajadora en el *minimarket* del servicentro durante el día y de El Renacer de noche. Nadie pronuncia palabra al momento de su desaparición, a nadie parece importarle. La policía asegura que se está prostituyendo en Santa Cruz de la Sierra y se concluye así la investigación. La madre es la única que levanta la voz para denunciar el hecho, pero su reclamo se pierde entre las burlas masculinas:

Llegó al diario reclamando a chuchada limpia que ni los pacos ni los ratis hacían nada por la desaparición de su hija. Los periodistas no la tomaron en serio, menos cuando dijo que su hija trabajaba en el “Renacer”. Puta no más. (Ramos Bañados, *Alto Hospicio* 16)

Lo mismo ocurre con Cristina, la niña que sobrevive al ataque de Ceballos y que lo denuncia como el psicópata. La hija de Quispe, que es un personaje ambiguo, pues a pesar de ser de ascendencia boliviana, tiende a discriminar a las jóvenes que habitan en Alto Hospicio, asegura que Cristina se acostaba por dinero con camioneros paraguayos amigos de su padre: “Cristina y unas amigas —según la hija de Quispe— cobraban por chupárselo. Eran drogadictas” (37).

Si bien se señala que varias jóvenes alumnas de liceos no ejercen la prostitución, el narrador sigue presentando su sexualidad como pecaminosa. Sobre María Elizabeth, por ejemplo, dice: “Ya la veía sentada en mis muslos, gimiendo” (32). Asimismo, aunque el narrador define a Marta Belmar como una excelente alumna, bailarina de un grupo folclórico y devota de la Virgen del Carmen, asegura que la joven se subió al taxi de Ceballos alcoholizada y de madrugada, que accedió a los besos del psicópata y se desnudó por su propia voluntad. De Karina Trigo Fernández, por su parte, se cuenta que una madrugada Ceballos accedió a llevarla en su taxi por mil pesos y en el camino la violó y asesinó. De alguna forma, el feminicidio se justifica también por esta transgresión de lo sexual. En el caso de Karina Trigo Fernández, el narrador indica que al momento de su muerte tenía tres meses de embarazo, por lo que hubiera sido madre soltera y su destino hubiera sido trabajar en *El Renacer*: “Al hijo de Karina lo habría criado la abuela. Karina habría buscado trabajo. Karina habría dejado el liceo. Karina habría llegado al ‘Renacer’. Pienso que no estaban dadas las condiciones para nacer” (43).

Las otras mujeres que aparecen en la novela, relacionadas con el narrador, son una extensión de las víctimas, que son prostitutas, drogadictas o alcohólicas. Toña, por ejemplo, es una joven que conoce por internet y que goza de una sexualidad libre. También ella es definida a partir de referentes pornográficos y es asociada con la promiscuidad:

Es caliente. Ella quiso que nos juntáramos. Ella se arriesgó. Parece que le gusta jugar a las relaciones prohibidas. Parezco su papá. No me interesa saber su edad [...]. Dice que todos los hombres que se la han comido se la han chupado. Por eso la tiene depilada, rica. Más me calienta. (13)

Otros personajes femeninos de la novela son sexoservidoras, trabajadoras de Quispe. La exesposa del narrador, una periodista que lo abandonó, también es calificada de prostituta, por el hecho de haber terminado la relación.

El narrador, así, se transforma en el espejo de la opinión pública de la época, asegurando que él, junto con Ceballos, creen en la hipótesis del Gobierno que señala que las niñas se han ido por su propia voluntad. A la vez, el narrador circunscribe a todas las mujeres al ámbito de la prostitución y los vicios: “Ser una adolescente en Alto Hospicio, pobre y agraciada, llevaba irremediabilmente a ser definida como ‘suelta’ y ‘drogadicta’. La

desaparición entonces iba a tener, también irremediablemente, una sola y necesaria explicación: se van porque se prostituyen” (Silva et al. 135). Esta imagen aparece en la novela y, de alguna manera, justifica el feminicidio de las niñas como una manera de aleccionar los cuerpos promiscuos y los deseos sexuales.

Esta violencia permitida contra las mujeres que ejercen la prostitución es una idea que encuentra su máxima expresión en el pensamiento del Marqués de Sade, como argumenta la filósofa Alicia Puleo:

Es necesario que exista un grupo especial hacia el que pueda canalizarse el deseo destructivo. Este grupo es el de las prostitutas, objeto paradigmático del deseo masculino que permite que el varón acceda a la experiencia de la liberación con respecto a las miserias cotidianas del mundo de la necesidad. (170)

La prostituta se constituye en una extensión de todas las mujeres, figura de la otredad: la imagen de la perversa mujer insaciable es una creación masculina que justifica el control, la opresión y la violencia. No resulta extraña, de esta forma, la insistencia del mismo narrador en definir y circunscribir al sujeto femenino en este terreno de la promiscuidad y la sexualidad pecaminosa. Sin embargo, como indica Jimena Silva, la sexualidad en efecto estaba presente, pero no en el pensamiento y la acción de estas jóvenes, sino en la acción del asesino y en el imaginario social de las autoridades de Alto Hospicio. Es paradójico que una vez que se descubrió que las jóvenes fueron secuestradas, violadas y asesinadas, el retrato discriminatorio de las adolescentes cambió drásticamente, ubicándose en la orilla opuesta: de putas pasaron a santas, ángeles, vírgenes ultrajadas. Después de su muerte, se erigieron en “reinas de la pampa” y la opinión pública contradijo su discurso original, tal como ocurrió con la población chilena en su conjunto, como señala el narrador: “Todos repetían lo mismo: pobrecitas, qué terrible; que el güeón [Ceballos] era un maldito y que ahora las niñas deben ser unos angelitos” (Ramos Bañados, *Alto Hospicio* 49).

En consecuencia, sus mausoleos en el Cementerio n.º 3 de Iquique se convirtieron en animitas, con lo que adquirieron la connotación angelical que se aplica en este culto popular a las víctimas inocentes de hechos abominables, como señala Criss Salazar en su blog sobre esta costumbre chilena

(s. p.). Con el tiempo, agrega, estas niñas consideradas prostitutas no solo devinieron en reinas sino también en santas. Personas de distintas regiones llegan hasta sus tumbas para pedirles ayuda y entregarles ofrendas a modo de culto. Ya son varias las placas que agradecen los favores concedidos. De esta forma, el memorial se transformó en una especie de capilla para pedir la intervención de estas víctimas convertidas en vírgenes, una recurrente imagen femenina mediadora entre la vida terrena y Dios (Puleo 172).⁴

Julio Ceballos, el feminicida inteligente pero loco

Julio Ceballos, se cuenta en la novela, pasó su infancia en el sur de Chile hasta el año 1997, cuando arribó a Alto Hospicio atraído por el *boom* económico de Iquique y las esperanzas de oportunidades laborales; sin embargo, terminó, como la mayoría de los pobladores, sumido en la pobreza. El narrador nos presenta un personaje que desde la niñez mostró instintos violentos: cuando era pequeño cazaba conejos y los despellejaba vivos. Ceballos es descrito como un hombre con traumas que provienen de sus primeros años, producto de una relación disfuncional con su madre prostituta. Su abuela lo cría cuando su progenitora lo abandona; sin embargo, cuando ella muere, él regresa al lado materno. Aunque logra que su madre abandone ese trabajo, señala el narrador que cuando bebía, la insultaba llamándola puta y la golpeaba. Ella es quien lo insta a cometer el primer asesinato. Cansada de que su pareja la maltratara física y psicológicamente, le pide a su hijo que la ayude a eliminarlo. Siguiendo la voluntad materna, Ceballos lo asesina: “Matar bajo la mirada de una madre es algo que no cualquiera lo puede decir. Fue ella quien me metió en esto, dijo [Ceballos] suelto de cuerpo” (81).

Consecuente con la descripción que realiza el narrador de la infancia de Ceballos, lo cataloga como un enfermo mental, un psicópata, un malvado de nacimiento, incapaz de controlar sus impulsos. Incluso lo considera un hombre con tendencias caníbales, puesto que en más de una ocasión refiere que le hubiera gustado comer partes del cuerpo de algunas mujeres con las

4 Evaristo Rivera, tío de Katherine Arce, relata en el documental *Santas putas* de Verónica Qüense que al mausoleo acude gente de todos lados para verlas, que les prenden velas porque consideran que son milagrosas: “Ves que viene gente para acá o al cementerio [y] se les cumple siempre lo que les piden”.

que fantaseaba. Si bien muchas veces lo acompaña en sus crímenes, a veces pareciera que el narrador se sorprende de la frialdad con que Ceballos viola y asesina mujeres; lo ve como a un extraño, cuya conducta es inexplicable. Por ejemplo, cuenta que luego de asesinar a María Elizabeth estaba tranquilo, a pesar de tener la sangre de la niña en todo su cuerpo:

Como si matar fuera algo normal, un oficio después de todo. Cantó, incluso, una antigua canción (...blanca y radiante va la novia) de Antonio Prieto, que emitía la radio. “Ese güeón es de Iquique”, me dijo por Prieto mientras su pie derecho aplastaba la mano del cadáver. “Chao güeón enfermo”, le dije. (64)

Julio Ceballos, sin embargo, no es un enfermo. Sus crímenes no son injustificados como podría analizarse a simple vista, sino que son expresión de su machismo y misoginia. En más de una ocasión el narrador expresa que el taxista, profesión que ejercía Ceballos, le aseguró que odiaba a las prostitutas: “Decía medio en broma que eran cochinas, que sus vaginas era[n] un pozo séptico” (19). Para él, todas las mujeres de Alto Hospicio son prostitutas, por lo que su muerte no le produce un arrepentimiento. Por el contrario, es una forma de expresar su ira sin cauce contra ellas. A cada mujer que golpea le grita puta, maraca.

La violencia con la que Ceballos ataca los cuerpos de las víctimas es una prueba más de su misoginia. Varios cadáveres son encontrados sin glúteos, orejas o pezones, arrebatados a mordiscos, agresiones extremas que reafirman su odio contra el sujeto femenino. En concordancia con ello, el cuerpo de Mary Lovera, la prostituta, es el que mayor violencia sufre. Su cráneo estaba destrozado, indica el narrador. No obstante, su feminicidio se justifica, para el narrador, por el hecho de vender su cuerpo: “una puta del ‘Renacer’ que se acostaba con cualquier güeón. Tuvo motivos para ajusticiarla” (48). No resulta gratuito el uso del verbo *ajusticiar*, puesto que es esto lo que intenta hacer Ceballos al momento de asesinar a estas mujeres: hacer justicia en el mundo patriarcal, eliminando mujeres pecaminosas que se separan de los parámetros de la sexualidad controlada. Por esta razón, expresa constantemente que no siente culpas.

A esta misoginia se une un sexismo exacerbado, que se demuestra en el episodio contado por el narrador respecto a la primera novia de Ceballos, Ana, quien luego de abandonarlo decide regresar con él, porque la amenaza

con suicidarse. Ella reanuda su relación amorosa por miedo y él la golpea y la llama puta. Conforme a esta historia, se entiende que Marta Belmar sea una de las mujeres en las que recae mayor violencia, puesto que el mismo Ceballos asegura que la niña le recordaba a su primera novia. De esta forma, encuentra en el abandono de su madre prostituta una razón para odiar a las mujeres. Todas serían de alguna manera una extensión de la figura materna y, luego, de la imagen de su primera novia, que también intenta dejarlo. El narrador, entonces, justifica el actuar del psicópata revelando estos hechos, en los que Ceballos encarna el rol de víctima del abandono de las mujeres que ha amado, abandono que lo ha precipitado a cometer los crímenes.

A pesar del odio del asesino contra las mujeres, que busca explicarse en la infructuosa relación con su madre, tanto el narrador como el sacerdote que lo visita en la cárcel lo ven como un enfermo mental. Esta perturbación, sin embargo, se contrapone con los adjetivos que ambos utilizan para describirlo: inteligente, manipulador, frío; apelativos que refieren una racionalidad, pero que se mitigan cuando el narrador lo cataloga de loco o cuando el sacerdote afirma que tiene delirios místicos, en los que cree hablar con Dios. El psicópata queda reducido a su demencia mesiánica: “gesticuló con sus manos para decirme que su misión en la tierra era ayudar a otros para alcanzar la vida eterna, al mismo Dios [...]. Dijo que Dios le había dicho que se declarara culpable” (69). Pareciera que en sus palabras esconde la finalidad de purificar y salvar almas: las de las mujeres pecadoras. Este es un tipo de delirio místico bastante extendido en nuestra sociedad patriarcal, sobre todo si pensamos en el narrador, quien argumenta que podrá justificar sus actos y su complicidad con Ceballos declarándose enfermo. Así, cuenta que también él ha pensado en asesinar a su exesposa. Si bien no lleva a cabo este acto —a pesar de haber asistido en múltiples ocasiones a los feminicidios perpetrados por Ceballos—, fantasea con la posibilidad de eliminarla.

El narrador y Ceballos no son tan distintos. Finalmente ambos participan de los asesinatos de adolescentes, uno como actor, el otro como espectador. Xasco, un comentarista del blog de Ramos Bañados, se lo hace ver: “Lo escrito sigue creando en mí sentimientos encontrados, a veces empatizo con el personaje, al rato creo que es peor que el psicópata” (*Alto Hospicio* 99). Así se define el mismo narrador, cuando asume su culpabilidad por el hecho de haber sido un testigo silente de los crímenes, por haber permanecido incólume cuando Ceballos asesinaba, por no haberlo denunciado. Desde

su rol testimonial asegura que es tan culpable como el psicópata. Al menos eso es lo que declara cuando imagina que lo inculpan: “Usted también es asesino por no hacer nada, por lavarse las manos, por dejar que ese güevón de mierda asesinara a sangre fría. Usted es un indolente, un psicópata como esa mierda, una escoria, un cobarde, la peor basura” (87).

Una de las ideas que ronda al narrador es que nadie es realmente inocente. Cree que todos llevan dentro una violencia potencial que puede estallar en cualquier momento. Es por ello que él se reconoce como un enfermo, de la misma manera en que asegura que Ceballos lo es, al definirlo como un hombre egocéntrico que seguirá matando con el fin de que lo vean, de que cuenten su historia, de que lo admiren. En sus divagaciones, que muchas veces pueden parecer contradictorias, pues insiste en calificar de loco al psicópata, se encuentra el germen de una sociedad corrompida, que promulga la violencia, manifiesta en los personajes más variados. La violencia ya no está solo en los considerados locos, sino en cualquiera: nadie se libra de padecer algún tipo de enfermedad mental. Ted Bundy ya lo dijo antes de morir en la silla eléctrica, tal como se cita en la novela: “Nosotros, los asesinos seriales, somos sus hijos, sus maridos, los que están en todas partes... Y claro, mañana muchos de ustedes van a despertarse muertos” (96).⁵

Fronteras textuales: realidad o ficción

La novela se basa en hechos reales ocurridos en la localidad que da el título al libro, razón suficiente para encontrar puntos de encuentro entre la realidad y la ficción. Esta confluencia fue más allá en su momento de publicación. Si bien ahora la novela ingresó en los circuitos editoriales comerciales, gracias a la iniciativa de Quimantú, originariamente era un blog del escritor, una especie de diario de vida con el que el narrador buscaba expiar sus culpas y denunciar su complicidad con el asesino. El blog funcionaba como un soporte para depositar su confesión. Era un medio que permitía la ambigüedad: a la par de decir que era periodista del diario

5 Rodrigo Rojas Terán agrega: “están más cerca de lo que uno cree, ese vecino que se hace el buena tela, el que con cueva sale a comprar el pan, el gueón que está todo el día viendo porno por internet, ese quizás cuando se le presente el momento, desahogue sus instintos con alguna cabra chica, o quiera meter tu cadáver al refri. No sé. Nunca hay que creerse los cuentos, la maldad está en todos, y solo la revelaremos cuando se nos presente la oportunidad” (s. p.).

iquiqueño *El nortino* (trabajo que en realidad realizaba Ramos Bañados), utilizaba el seudónimo Perro para publicar sus notas. Su confirmación como testigo de los feminicidios comienza así:

Jueves 7 de diciembre de 2006. Es jueves, son las 18:35 y estoy en un ciber. No importa la ciudad. Pagué 500 pesos y tengo media hora. Escribiré hasta donde pueda. Seré concreto: conozco detalles de los crímenes de las adolescentes de Alto Hospicio. (*Alto Hospicio* 9)

De inmediato acepta que conoció a Julio Ceballos y que su participación en los hechos no está del todo clara, ni siquiera para sí mismo. No obstante, supone que podría ser acusado de autor intelectual, encubridor o, quizás, simplemente pueda ser considerado inocente, aunque él mismo se asume también como un psicópata por haber observado los asesinatos sin prestar ayuda a las víctimas.

Su función como testigo se refuerza en varias ocasiones: desde el momento en que vio cometer el primer crimen, pasando por sus conversaciones con Ceballos sobre asesinos seriales extranjeros, hasta su detención como único culpable. “No tengo claro los crímenes que realizó antes de conocerme, pero doy testimonio de que violó y mató a cinco adolescentes después de publicado el primer reportaje de asesinos en serie”, asegura (12). Al definirse bajo el apelativo de testigo, el lector del blog comienza a dudar de si está ante una confesión real o una ficción.⁶

Como indica Eliseo Verón, todo medio propone un determinado contrato de lectura con su público, un contrato que puede implicar una relación de complicidad, distancia o pedagogía, según sea su propósito. El blog, como soporte virtual, y por ello, de libre acceso, tiene por finalidad que un sujeto particular pueda comunicar su mensaje a todo el mundo. La inmediatez

6 Daniel Rojas Pachas alaba este formato virtual no solo por la incertidumbre que provoca el relato, sino también por la posibilidad de experimentar la interacción con el lector, interacción que, finalmente, lo suma en el proceso creativo: “más allá de lo anecdótico de diseñar una novela por entregas, a lo largo de varios meses y siguiendo la estructura de bitácora a tiempo real [...] vincula lo mediático-tecnológico con su historia a fin de sacar provecho al máximo a las posibilidades narrativas de interacción con el lector; ya que fácilmente cualquier visitante podía, con un simple *comment* tras la lectura, hacerse parte del proceso creativo e ingresar a la historia como cómplice del testimonio del protagonista, narrador-bloguero que confiesa su implicancia en los crímenes de Alto Hospicio día por medio y semana a semana a vista y paciencia de los internautas” (s. p.).

de su publicación, fijada en hora y fecha, permite al lector situarse en el momento exacto en que el escrito se publica; asimismo, la posibilidad de comentar cada entrada o post genera una complicidad entre el emisor y el receptor. Por ello, no es extraño que los lectores se hayan involucrado en esta atmósfera de confesión que el autor le imprime a su relato.

Rodrigo Ramos Bañados, Perro, encontró gracias al blog lo que Umberto Eco denominó lectores modelos: sujetos que interpretan y extraen sentidos sobre lo que leen, activos, partícipes, cooperativos, que ingresan en el juego que el autor propone, al difuminar las barreras entre verdad y ficción. Son los lectores quienes dudan y cuestionan, así como también increpan al narrador por no denunciar al asesino. Son ellos quienes debaten acerca de su sentimiento de culpa, quienes lo juzgan y lo interpelan, quienes dudan acerca de la veracidad de esta confesión:

Phayruz dijo... creo que, justamente, al comienzo causa un poco de miedo leerlo, el hecho de que quede siempre esa sensación de duda, eso de “mmm... ¿será?” y eso es precisamente lo que hace que sea imposible no volver a tu página y seguir leyendo, quedarse pegado... desde ese punto de vista me parece un proyecto interesante, el hecho de estar escrito en un blog le da ese toque, esa duda, esa incertidumbre que siempre queda de que realmente no estamos leyendo a un escritor sino más bien a un periodista medio enfermo que no sabe qué hacer con una verdad enorme y que decide publicarla de manera casi anónima en su blog, solo para desahogarse de la verdad que ya le está pesando en la conciencia. (*Alto Hospicio* 81-82)⁷

Es recién en el capítulo cuarenta cuando aclara en su blog que esta historia es ficción. Uno de sus lectores le reclama por haberlo hecho, argumentando que lo interesante del texto era no tener la certeza de la autenticidad de la confesión. Considera que manifestar que la historia es ficción le quita la magia. No obstante, la narración va más allá de los hechos reales, de la pureza de la imaginación de los lectores, y se instala en el terreno de la memoria. No se trata de una memoria individual que reproduce lo que recuerda, sino de

7 Respecto a la ambigüedad de la ficción, Eduardo Farías comenta: “aquí la jugada es brillante, nace hasta en el más racional de los lectores, aquella duda, si el que escribe es o no es material partícipe en los crímenes de Alto Hospicio, ese es el mayor logro del autor” (s. p.).

la memoria de una localidad y de una nación. Si bien la condena inmediata a Julio Pérez Silva y el silencio gubernamental que sobrevino luego de esta llevan a pensar en una intención de olvido por parte del Estado, la memoria surge y se manifiesta en esta narración, con el fin de que no se olviden estos crímenes de género. Al afán por retratar este episodio negro en la historia de Chile se suma el documental *Santas putas* (2010) de Verónica Qüense, cuyo gran acierto es traer el pasado al presente, para demostrar, mediante entrevistas a niñas de la localidad (algunas que ni siquiera habían nacido en ese entonces), que la violencia de género sigue vigente, y más aún, está normalizada como algo cotidiano. Las niñas encuentran en la debilidad y la sumisión razones para justificar las agresiones de las que son víctimas las mujeres. La memoria, como dice Gilda Waldman, se convierte en un factor esencial en el proceso de construir un proyecto de nación: “según la manera como las sociedades definen y resuelven los problemas del pasado, ellas podrán crear un proyecto viable de futuro” (15). La negligencia y autoritarismo con que fueron tratadas las víctimas y sus familias no pueden modificarse; plasmar esto permitiría, sin embargo, mirar hacia el futuro, para no volver a cometer los mismos errores. Una muestra de la importancia de este ejercicio del recuerdo fue la transformación de la novela a una novela gráfica. La textualidad de la publicación del blog, que entremezclaba la ficción con la realidad, cambió de formato, para atravesar lo literario e instalarse en otra orilla. Manteniendo la literalidad originaria, se reestructuró y se acomodó a la forma de cómic, gracias a las ilustraciones de Carlos Carvajal. La novela se conservó intacta, como está en el blog, mientras que la adaptación buscó y exploró una crítica social más enfática. Como asegura Eduardo Farías, se trata de una crítica al Gobierno y a la prensa, por su tardía intervención en los hechos. Aunque en este paso se pierde la ambigüedad entre la ficción y la realidad, se descubren nuevas posibilidades de juego, al abarcar otro tipo de público, y se vuelve a rescatar la memoria de lo vivido.

Conclusiones

Para Marisa Belausteguigoitia, la importancia del análisis del término *frontera* es que se “refiere a un acto de visibilización de inequidades, resistencias y negociaciones ocultas o explícitas frente al poder” (citado en Szurmuk y McKee 107). La frontera, como aparato crítico, busca desestabilizar

los espacios hegemónicos, y si no desestructurar, al menos visibilizar los otros intersticios, los espacios intermedios, subalternos. *Alto Hospicio*, así, es una novela de fronteras que pueden ser traspasadas, que rompen las hegemonías, y de fronteras que permanecen inmutables. El formato de blog, publicado bajo un seudónimo, que incluye los comentarios de los lectores y la reproducción de conversaciones de chat, contribuye a la incertidumbre acerca de la veracidad del testimonio de un observador y participante de los feminicidios. La barrera entre la realidad y ficción se difumina. A la vez, la frontera espacial que divide a Bolivia y Chile se revierte, por cuanto el culpable de los asesinatos de mujeres no está lado de la alteridad, sino que es un hijo de la misma patria. No obstante, existen otras fronteras inalterables que siguen creando la división primigenia entre unos y otros, que al parecer ni siquiera el autor logra destruir en su ficción, puesto que ni en la ficción pueden ser desestructuradas, aunque sí, como lo logra, denunciadas.

La feminidad, entendida como otredad, permanece. El cuerpo de las mujeres, sobre todo si provienen de lugares apartados, humildes, de escasos recursos, es transable, puede ser agredido, violentado, asesinado con total impunidad. La asociación entre sujeto femenino, pobreza y sexualidad pecaminosa produce un imaginario social que justifica los crímenes en contra de ellas. Así como las mujeres parecen buscar su muerte por sus conductas moralmente dudosas, el hombre asesino puede ser exculpado a través del estereotipo del loco. A pesar de que Ceballos es un hombre racional, inteligente y claramente misógino, es clasificado como un enfermo mental, alguien incluso incapaz de comprender la magnitud de sus actos.

Los estudios de género serían tajantes al dar su propia clasificación: Julio Ceballos, el personaje de la novela, habría cometido feminicidios sexuales “en los que se asocian factores de género y de clase” (Rojas 21). La condición socioeconómica de las víctimas es lo que lleva a que sus cuerpos sean violados, ultrajados y arrojados al desierto o a los basurales como si fueran desechos, con la seguridad de que nadie los reclamará. La noción de *feminicidio* resulta evidente, por cuanto la novela devela crímenes de odio en contra de mujeres solo por el hecho de ser mujeres. Además, el escritor denuncia la inoperancia del Gobierno a la hora de proteger a las mujeres en peligro y resolver los crímenes. Su condición social precaria las hace más susceptibles de transformarse en víctimas y, luego, en un número más, contenido en hojas burocráticas. La situación de pobreza se une a la

marginalidad de las mujeres y así se normalizan o invisibilizan los crímenes contra ellas.

El feminicidio es la cima de la normalización y la tolerancia de la violencia de género y de otras formas de violencia que, al cometerse los asesinatos, desencadenan, como en Juárez, un proceso de violencia institucional sobre las familias de las víctimas y sobre la sociedad, quienes llevan trece años enfrentando la culpabilización de las víctimas, así como un trato autoritario y negligente, discriminación, maltrato y amenaza por parte de autoridades ineficientes y, en muchos casos, corruptas. (Russell y Harmes 12)

La novela de Ramos Bañados retrata una sociedad inoperante, que tolera la violencia de género, una sociedad en la que lo masculino sigue ejerciendo la hegemonía: hombres asesinos que justifican sus actos mediante la locura y cómplices impunes. Las muchachas son consideradas culpables en la falacia discriminatoria que asegura que todas las jóvenes son susceptibles de transformarse en prostitutas. Los familiares son acusados de drogadictos, alcohólicos y proxenetas, solo por el hecho de ser pobres, como si la escasez de dinero fuera equivalente a la falta de valores.⁸ Asimismo, el autor plasma el trato autoritario y negligente de las autoridades que juzgan de antemano el actuar de las adolescentes, retrasan e impiden una investigación por sus desapariciones, porque a fin de cuentas el cuerpo de las mujeres parece no importar.

La noción de frontera, como dispositivo de denuncia, cumple su objetivo, cuestionando los poderes hegemónicos, en especial en lo que se refiere al género. La ambigüedad respecto a la realidad y la ficción permite que, como lectores, nos situemos en el contexto sociopolítico de Alto Hospicio y, de alguna manera, nos transformemos en cómplices del machismo. A la vez funciona como ejercicio de memoria, para revivir los crímenes ocurridos en el norte de Chile. La frontera espacial entre Bolivia y Chile, así como Iquique y Alto Hospicio, cuestiona las alteridades y derriba sus mitos: los asesinos

8 “Para ella [Antonella Scaraffia, quien en ese momento presidía el Comité de Familia en la Cámara de Diputados], nosotros éramos lo más bajo, que nuestras niñas se habían ido por su propia voluntad, que se habían ido por el trato que nosotros le[s] habíamos dado, por la pobreza y que mi hija, las niñas especialmente, bueno yo saco la cara por mi hija, se había ido, como se dice vulgarmente [...], que mi hija se fue de la casa pa’ putear” (Testimonio de Delia Zola, madre de Laura Zola Henríquez, citado en Silva et al. 123).

no son parte de los incivilizados, los criminales no son sujetos otros, sino parte de nuestra propia colectividad. Estas son fronteras que hacen visibles nuestras propias grietas, pues como sociedad patriarcal seguimos creyendo que las víctimas de feminicidio son culpables por su modo de actuar, porque como mujeres pobres buscan una salida fácil en la prostitución, porque sus familiares —alcohólicos y proxenetas— las llevan a ello. Aún se considera que los feminicidas son sujetos alterados mentalmente, incapaces de controlar sus acciones. Rodrigo Ramos Bañados revela, descubre, retrata, a través de un caso concreto, la misoginia nuestra de cada día, las propias fronteras de género que no hemos sabido derribar.

Obras citadas

- Constenlla, Jimmy. “El enigma de Alto Hospicio”. *El Periodista*. 26 de marzo del 2004; s. p. Web. 5 de noviembre del 2014.
- Eco, Umberto. “El lector modelo”. *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen, 1987. Impreso.
- Farías, Eduardo. “*Alto Hospicio*. Novela gráfica. La imagería de la crueldad”. *Gatopistola*. 20 de enero del 2010; s. p. Web. 16 de octubre del 2014.
- Puleo, Alicia H. “Mujer, sexualidad y mal en la filosofía contemporánea”. *Daimon. Revista de Filosofía* 14 (1997): 167-172. Impreso.
- Qüense, Verónica, dir. *Santas Putas*. Producciones La Perra, 2010. DVD.
- Ramos Bañados, Rodrigo. *Alto Hospicio*. Santiago de Chile: Quimantú, 2009. Impreso.
- . *En la frontera*. Blogspot. s. f. Web. 16 de octubre del 2014.
- Rojas, Soledad, coord. *Femicidio en Chile*. Santiago de Chile: OIT, 2004. Impreso.
- Rojas Pachas, Daniel. “Quimantú y la publicación de la primera novela de Rodrigo Ramos Bañados”. *Editorial Quimantú*. Blogspot. 13 de febrero del 2009. Web. 16 de octubre del 2014.
- Rojas Terán, Rodrigo. “*Alto Hospicio*, la novela del atrevimiento”. *Cinosargo*. 6 de septiembre del 2009. Web. 16 de octubre del 2014.
- Russell, Diana y Roberta A. Harmes, eds. *Feminicidio: una perspectiva global*. México D. F.: CEIICH-UNAM, 2006. Impreso.

- Salazar, Criss. "La dolorosa y traumática historia detrás del mausoleo-animita de las Reinas de la Pampa". *Animitas chilenas: tradiciones, folklore y fe popular*. Blogspot. 1 de marzo del 2013. Web. 16 de octubre del 2014.
- Silva, Jimena. "Complicidades y violencias estructurales. Femicidio en Chile". *Sexología y sociedad* 11. 27 (2005): 12-20. Impreso.
- Silva, Jimena et al. "Dossier: 'Los crímenes de Alto Hospicio'". *Revista Nomadías* 6 (2002): 105-150. Impreso.
- Szurmuk, Mónica y Robert McKee Irwin. *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México D. F.: Siglo XXI, 2009. Impreso.
- Tuozzo, Celina. "Alto Hospicio: el Estado y la violencia de género en Chile". *Revista Confluencia* 1.2 (2003): 145-156. Impreso.
- Vásquez Trigo, Juan. *Breve historia de Alto Hospicio*. Iquique: Aríbaló Ediciones, 2004. Impreso.
- Verón, Eliseo. "L'analyse du 'contrat de lecture' : une nouvelle méthode pour les études de positionnement des supports presse". *Les Médias : expériences, recherches actuelles, applications*. París: IREP, 1985. 203-230. Impreso.
- Waldman, Gilda. "Cuando la memoria reconstruye la historia. El género negro en la literatura chilena contemporánea". *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 183.44 (2001): 85-99. Impreso.

Sobre la autora

Ainhoa Vásquez Mejías es doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha publicado artículos sobre feminicidio en libros y revistas internacionales, entre los que se destacan “Ritual del bello crimen. Violencia femicida en *Estrella distante*”, parte del libro *Roberto Bolaño: Ruptura y violencia en la literatura finisecular*, publicado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; “Feminicidio en la telenovela *Alguien te mira*. Metáfora de un país misógino”, en la revista chilena *Polis*, y “La política es cosa de hombres. Feminicidio en contextos político-ideológicos: *Estrella distante* de Roberto Bolaño y *Jamás el fuego nunca* de Diamela Eltit”, en la revista mexicana *Argumentos*. Además, impulsó la creación de la cátedra de feminicidio en la Universidad de Chile y en la Universidad Andrés Bello, en las cuales fue docente. Es autora del libro *Feminicidio en Chile: una realidad ficcionada*, publicado por la editorial chilena Cuarto Propio.

Sobre el artículo

Este artículo se basa en un capítulo de la tesis “Voces del feminicidio: víctimas y victimarios en novelas y telenovelas chilenas recientes”, con la que la autora obtuvo el grado de Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile.